

temor de Abbott: ¿cómo hará para vivir en «libertad» cuando salga del «vientre de la bestia»? Efectivamente, después de dos meses en libertad condicional, mató a un camarero de 22 años y está de nuevo en prisión. ¿Habrà hecho algo para rehuirla?

El libro resulta interesante por los elementos que hemos señalado y porque —como diría Lactancio—, somos cómplices en nuestra condición de espectadores; somos cómplices si seguimos repitiendo la eterna cantinela del «si está preso, por algo será» o ese comentario, tantas veces escuchado estos últimos tiempos, siempre que se tiene noticias de algún robo o asesinato: «¡Claro! ¡Cómo no va a ocurrir, si el gobierno ha soltado a los presos!». No se trata de apología, se trata de constatación y de empezar a quitarse los resabios de aquella teoría que veía en el delincuente un pariente del reptil. Hacer la comunión significa también empezar a comprender. Basta leerlo para comulgar con Abbott: como él lo dice, en todo caso, el mal está en los carceleros, no en los encarcelados. Y carceleros somos todos, si seguimos deseando el castigo. A todos nos abulta la navaja en el bolsillo.

UNA LOSA PARA LOS ESCRITOS DE ITALO CALVINO

Salvador Clotas

Italo Calvino.
Punto y Aparte.
Ed. Bruguera.
Barcelona, 1983.

1. Italo Calvino no es un desconocido para nadie que

siga con mediana atención la trayectoria de la actual literatura italiana. Desde su traducción de *Las Cosmicómicas* en los años sesenta, sus barones rampantes y vizcondes demediados han llenado los quioscos españoles con ediciones populares y asequibles. Otra cosa es que su figura ocupe el lugar que debiera en la vida literaria de nuestro país. Incluso después de la publicación de su extraordinario relato *Si una noche de invierno un viajero*, verdadera enciclopedia de lo literario en clave quizá borgiana, no parece que Italo Calvino haya superado su consideración de escritor estimulante y divertido, poco citado a la hora de establecer el ranking, tan al uso de los grandes autores europeos.

La reciente aparición de sus artículos y ensayos en un volumen titulado *Punto y aparte* rellena un hueco, y quizá pueda servir para que la personalidad intelectual de Italo Calvino suba algunos enteros y supere su condición de escritor divertido y acaso intrascendente.

Sin embargo, este volumen recoge trabajos de índole y valor muy desigual. Algunos, respuestas a encuestas o artículos de periódicos, francamente deleznable si no constituyeran testimonio de la evolución de una trayectoria intelectual de un actor excepcional de la escena cultural europea de los últimos treinta años.

2. *Punto y aparte* es de esos libros que jamás fue escrito o concebido como tal libro. Existió antes de que alguien, autor o editor, tuviera la idea de reunirlos en un volumen. Y, sin embargo, libros como éste, inconcebidos, han influido de una manera decisiva en la historia de la literatura y constituyen a veces obras muy notables. Piénsese en

tantas recopilaciones de artículos dispersos, en tantas correspondencias. Quizá las únicas obras realmente abiertas que existen en la historia de la literatura. ¿Cuál es el mérito de obras como ésta frente a obras perfectamente planificadas y ejecutadas? Pienso que no es otro que el del largo período que dura su escritura, su diacronía funcional frente a la sincronía teórica de las otras obras. Si *Si una noche de invierno un viajero* recoge en profundidad un momento de su vida de escritor, un estado de ánimo concreto, *Punto y aparte* es el testimonio de un largo viaje que tiene, eso sí, una estación terminal porque no es otro el sentido del título que la pretensión de cerrar una etapa en su recorrido intelectual.

3. Los que hemos seguido con mayor o menor atención la vida cultural y, especialmente, la literaria, en el último cuarto de siglo, no podemos dejar de sentirnos seducidos por este testimonio. Arranca en los años cincuenta, cuando la novela italiana se llamaba Elio Vittorini, Vasco Pradolini, Cesare Pavese, y el compromiso político del escritor era el tema intelectual por excelencia. Reflejar la realidad era una obligación para el escritor. No sé si alguna vez existió la calle aquella de la *Crónica de los pobres amantes* pero, en cualquier caso, habrá que reconocer que la voluntad de reflejar la realidad es, como mínimo, un buen sistema para crearla. Como otros muchos, Italo Calvino se hallaba en aquellos años en el partido comunista y sentía una reverencia absoluta hacia la figura, hoy un poco desteñida, de Elio Vittorini, lo que no le impedía mostrar su desacuerdo con la literatura autollamada *objetiva* o *duregard* con palabras sobre la obra literaria y la novela que fácilmente se pueden apli-

car a la novela de casi todos los tiempos —a partir de *El Quijote* o, quizá más concretamente, del *Robinson Crusoe*.

*Hoy empezamos a exigir de la literatura algo más que un conocimiento de la época o de los aspectos externos de los objetos o de los internos del alma humana. Queremos de la literatura una imagen cósmica (este término es el punto de convergencia de mi desarrollo con el de Eco), es decir, al nivel de los planos de conocimiento que el desarrollo histórico ha puesto en juego*¹.

Corren los años y las preocupaciones y las lecturas de los intelectuales cambian. La pretensión de que el contacto entre el escritor y la realidad sea inmediata se convierte en una obsesión por el lenguaje, medio inevitable. Surge la preocupación por el lenguaje y el autor no se sustrae a ello aunque se manifiesta con fuerte originalidad y con escaso entusiasmo hacia la figura de Umberto Eco y otros críticos del momento

Con la simplificación a la que obliga un mero artículo de revista, y mi personal incapacidad para profundizar más en un tema tan vasto, nos trasladamos a los años setenta con su fuerte dosis de desencanto, especialmente en lo que se refiere al compromiso político del escritor. Sin embargo, Calvino escribe palabras llenas de ponderación, que demuestran su altura moral y su especial forma de desencanto: «*Los escasos hombres íntegros; limitados e íntegros en cuanto limitados: como decimos nosotros que no pretendemos ser íntegros sino que sólo nos esforzamos por no ser limitados; tan integrados ya a nuestro estado incierto que no deseamos cambiarlo por ningún otro*»².

4. Acostumbro a leer todos los libros, incluso los sagrados y los científicos, como dice Calvino que puede leerse la verdadera crítica literaria «como uno de los textos de que trata, como un tejido de metáforas poéticas»³. Por eso, más que un sistemático conjunto de ideas, a la hora de valorar esta obra acuden a mi memoria una serie de páginas hermosas, de ideas que ya no recuerdo a qué ensayo, artículo o entrevista pertenecen, de frases que aún suenan al italiano de Calvino, gracias a una traducción de Gabriela Sánchez Ferlosio mucho mejor que las de otras obras del autor.

De ahí que traicionaría mi personal lectura del libro si no aludiera a su ensayo inédito sobre *Naturaleza e historia de la novela* (1958) donde se manifiesta el privilegiado lector de Manzoni, Tolstoi, Proust, Stendhal, Conrad, Hemingway, Gadda, Vittorini, Pavese, que es Calvino. Ensayo que finaliza con una nueva afirmación de su desconfianza hacia la literatura objetiva y, por vía negativa, una profunda definición de su concepción de la auténtica literatura como un instrumento para cambiar el mundo (muy alejado del pesimismo pavesiano que se expresaba en la frase: «*Jamás se ha visto que una poesía haya cambiado las cosas*»), «*Una entrega de la individualidad y de la voluntad humana frente al mar de la objetividad y del magma indiferenciado del ser no puede dejar de corresponder a una renuncia del hombre a conducir el pulso de la historia, a una sumisa aceptación del mundo tal y como es*»⁴. En *La literatura como proyección del deseo*, publicado en 1969, marca sus distancias respecto a la crítica literaria sistemática o pretendidamente científica (estructuralismos, Todorov), y contrapo-

ne un tipo de crítica más creativa y personal. Aunque lo dice a propósito de un comentario de la obra del clérigo Northrop Frye, *Anatomic of Criticism*, su pensamiento parece arrancar directamente de las teorías de Oscar Wilde. Su ensayo sobre las relaciones de fuerza en la obra de Manzoni, *I promesi sposi*, es una obra maestra de la crítica literaria y más rigurosa y sistemática de lo que quizá hubiera deseado el propio Calvino. *El desafío al laberinto*, aunque referido a un momento eufórico del capitalismo industrial italiano, que ha quedado muy atrás en el tiempo, permanece como uno de los mejores trabajos reunidos en esta obra. Cabría citar muchos más, pero me limitaré a señalar que, paradójicamente, para el lector de hoy, los tres ensayos sobre Fourier, de cuya sociedad creadora ha quedado poco más que un término arquitectónico, con un ligero matiz óptico, el falansterio, constituye una de las partes más actuales e interesantes del libro.

Es verdad que la obra en su conjunto nos resulta ya algo antigua, que nos trae a la memoria temas, debates, planteamientos que ya no osaríamos hacer o quizá se harían con un lenguaje distinto; nos recuerda también lecturas que no volveremos a hacer. Quizá sea por eso, porque el paso del tiempo amarillea estas páginas como nunca lo hará con las de su narrativa, que Italo Calvino ha querido colocar una losa encima de estos escritos⁵.

¹ *El desafío al laberinto*. 1962.

² *Una amarga serenidad*. Pág. 132.

³ *La literatura como proyección del deseo*. Pág. 259.

⁴ *Naturaleza e historia en la novela*. 1958. Pág. 55.

⁵ *Una pietra sopra* es el título original italiano de la obra.